



La mama. Dama sensual

The breast. Sensual lady

Samuel Karchmer K

Director Médico del Hospital Ángeles Lomas y del
Centro Especializado para la Atención de la Mujer.

Todas las mujeres tienen un cuerpo hermoso, que es brillante colofón a millones de años de evolución. Un cuerpo repleto de asombrosos ajustes y sutiles refinamientos que lo convierten en el organismo más extraordinario del planeta. A pesar de esto, en diferentes épocas y lugares las sociedades humanas han intentado corregir la naturaleza modificando y embelleciendo el cuerpo femenino de mil maneras diferentes. Algunas de estas elaboraciones culturales han sido gratas, otras dolorosas, pero todas han buscado hacer a la mujer aún más hermosa de lo que ya es.

Las mamas femeninas han recibido atención erótica por parte de los varones como ninguna otra parte del cuerpo. Enfocar una atención extrema a los genitales sería excesivo y hacerlo a otras partes de la anatomía es insuficiente. Los pechos son, en cambio, el perfecto término medio: una zona tabú, pero no demasiado escandalosa.

Por consiguiente, los pechos han atraído una asombrosa variedad de eufemismos. A lo largo de los siglos se les han atribuido no menos de 70 nombres pintorescos, incluidos algunos tan exóticos como: "grandes ojos marrones, gatos y gatitas, los timbales de Cupido, manzanas doradas, lunas del paraíso, globos gemelos, etc". Términos menos floridos en el lenguaje habitual incluyen: senos, tetas, cariños, popas, busto, tetillas, pechugas, ubres, tetitas, sirenas, mamas, jarras o melones, etc.

Los pechos de las mujeres tienen dos funciones biológicas, una materna y otra sexual. En su aspecto maternal producen leche. Los tejidos glandulares productores de leche se dilatan durante el embarazo, haciendo los pechos un poco más grandes de lo habitual. Los vasos sanguíneos que irrigan a estos tejidos se hacen así mismo más visibles en la superficie de los pechos.

Recibido: diciembre 2013

Aceptado: enero 2014

Este artículo debe citarse como

Karchmer KS. La mama. Dama sensual. Ginecol
Obstet Mex 2014;82:268-276.



Cuando el lactante mama, abarca todo el pezón y la mancha areolar con la boca, exprimiendo estas estructuras con sus encías y extrayendo la leche del pezón. Si sólo tomara el pezón tendría un problema porque con solo exprimirlo no produciría la deseada leche. Puede responder a esta frustración masticando el pezón, lo que no hace ningún bien ni a la madre ni al niño. Inclusive, una madre inexperta enseguida se da cuenta que puede evitar el dolor causado por estas atenciones hambrientas metiendo más su pecho dentro de la boca del bebé.

La mancha areolar que rodea al pezón es un detalle anatómico curioso de la especie humana. En las mujeres vírgenes y las que todavía no han sido madres es de color rosáceo, pero durante el embarazo cambia. La función de estas manchas areolares parece ser protectora, están llenas de glándulas especializadas que secretan una sustancia grasa. A simple vista, las glándulas parecen “piel de gallina” sobre la piel pigmentada. Durante la lactancia se hacen mucho más grandes y se llaman entonces tubérculos de Montgomery. Sus secreciones ayudan a proteger la piel del pezón y sus inmediaciones, una forma biológica de “cuidado de la piel” de la región.

La leche producida por los pechos femeninos contiene proteínas, carbohidratos, grasas, colesterol, calcio, fósforo, potasio, sodio, magnesio, hierro y vitaminas. Contiene también diversos anticuerpos que pueden hacer al niño más resistente a las enfermedades. Sabiamente, hoy en día se tiende a recuperar la lactancia materna; en ella se da el elemento añadido que crea lazos de amor más estrechos entre la madre y el niño.

Aunque la leche materna es ideal para criar a un niño hay que decir que la forma del pecho está lejos de ser perfecta para la tarea de la lactancia. La “tetina” de un biberón tiene una forma mucho más adecuada para introducir leche en la boca del niño que el pezón real del

pecho de la madre. Si esto puede parecer una falla evolutiva, debe recordarse que el pecho femenino tiene un doble papel –maternal y sexual– y es el factor sexual el que ocasiona este problema. Echar una ojeada a los pechos de nuestros “parientes” cercanos, los monos y los simios, ayuda a comprender el por qué. En todas las especies de primates las hembras tienen el pecho plano cuando no están lactando. Cuando están amamantando, la zona alrededor de los pezones se hincha un poco con la leche, pero incluso entonces es raro encontrar algo que se aproxime a la forma hemisférica del pecho humano femenino. Los “pechos” de las monas y las simias son meramente maternales.

Un examen de la anatomía del pecho revela que la mayor parte de su volumen está compuesto por tejido graso, mientras que sólo una pequeña parte es tejido glandular relacionado con la producción de leche. Su forma redondeada, creada por este tejido graso, requiere, por lo tanto, una explicación diferente que vaya más allá de la producción de leche. Aunque para un biólogo está claro que esta explicación tiene que ver con la señalización sexual, algunas mujeres se han opuesto a esta interpretación. Encuentran ofensiva la idea de que algunos aspectos del cuerpo femenino pueden haber evolucionado hasta su forma presente para atraer al hombre. Ignorando el hecho de que la atracción sexual estuviera implícita en su propia concepción, insisten en que la función del pecho femenino debe ser totalmente maternal.

La conclusión inevitable es que la forma hemisférica de los pechos no es un desarrollo maternal. En cambio, tiene que ver con la señalización sexual. Esto significa que las sugerencias de que el interés del hombre en los pechos de la mujer es “infantil” o “regresivo” son infundadas. La respuesta masculina a los pechos de una mujer que no amamanta es una reacción a un indicador sexual primitivo de la especie humana.

Las mujeres con pechos pequeños se preocupan a menudo de poder amamantar. Irónicamente pueden hacerlo de un modo más eficaz que sus amigas bien redondeadas. Esto se debe a que tienen menos tejido graso que da al pecho su forma hemisférica sexual, pero que tiene poco que ver con la provisión de leche.

En su papel sexual, los pechos femeninos funcionan primero como estímulos visuales y luego como táctiles. Inclusive, a gran distancia son generalmente suficientes para distinguir la silueta de una mujer adulta de la de un varón. A una distancia más corta, esta tosca señal de género da paso a un indicador de edad más sutil. La forma de los pechos cambia gradualmente desde la pubertad a la vejez. Esta lenta alteración del contorno mamario se puede simplificar con las “siete edades del pecho femenino”, como sigue:

- El pecho “tetilla” de la infancia. En esta fase prepuberal sólo sobresale el pezón.
- El pecho incipiente de la pubertad. Muy al principio de la fase reproductiva, cuando aparece la menstruación y comienza a brotar el vello púbico en los genitales, la zona alrededor del pezón comienza a hincharse.
- El pecho de la adolescencia. Mientras transcurren los años adolescentes hay un ligero aumento en el tamaño del pecho. En esta etapa, tanto el pezón como la mancha areolar sobresalen por encima del pecho, creando una forma cónica más prominente.
- El pecho firme de la juventud. La edad física ideal para el ser humano son los 25 años. Esta es la etapa en la que el cuerpo humano está en plenitud de facultades y todo el proceso de crecimiento se ha completado. Durante la veintena, el pecho femenino se hincha hasta alcanzar su estado hemisférico

más redondeado, aunque es más grande, su peso no ha empezado a descolgarlo.

- El pecho lleno de la maternidad. Con la maternidad y la súbita masa adicional de tejido glandular dilatado, los pechos cargados de leche se hinchan y comienzan a descolgarse. El margen inferior del pecho se superpone sobre la piel del torso y forma un pliegue oculto.
- El pecho hundido de la mediana edad. Cuando la fase reproductiva de la edad adulta se aproxima a su fin, los pechos cuelgan algo más sobre el torso, una vez perdida la plenitud de la etapa de la lactancia.
- El pecho colgante de la vejez. Con la vejez avanzada, el encogimiento general del cuerpo conduce a un aplanamiento de los pechos que quedan colgando sobre la parte anterior del tórax pero con la piel cada vez más arrugada.

Hay muchas variaciones en estas fases típicas del envejecimiento del pecho. En las mujeres más delgadas el proceso, hasta cierto punto, tiende a ir más despacio, mientras que en las más gordas se acelera. La cirugía plástica puede mejorar los pechos y alargar artificialmente la firmeza de la fase adulta juvenil. Soportes como los corsés y sostenes pueden dar la misma impresión, siempre que los pechos no sean directamente visibles. Durante años, la mujer ha intentado con una gran diversidad de formas prolongar la impresión de que los pechos hemisféricos sobresalen con firmeza, para así alargar el periodo de transmisión de la señal pectoral de la mujer primitiva de la especie humana.

A veces, la sociedad ha exigido que la sexualidad del busto femenino se reprima. Los puritanos lo consiguieron obligando a las jóvenes a llevar apretados corpiños que aplastaban sus pechos y



les daban un contorno inocente, inclusive siendo ya adultas maduras. En la España del siglo XVII las damas jóvenes sufrían inclusive un ultraje mayor, al llevar aplastados sus abultados pechos con delgadas planchas de plomo que se colocaban muy ceñidas sobre el torso en un intento por evitar que la naturaleza siguiera su protuberante curso. Imposiciones tan crueles sólo sirven para subrayar la intensa significación sexual de la forma hemisférica del pecho. Cuando la sociedad hace tantos esfuerzos para negarla, es que debe ser realmente poderosa.

Afortunadamente, la mayoría de las sociedades han estado dispuestas a aceptar el ocultamiento en vez del aplastamiento del pecho como expresión suficiente de modestia. En tales casos, la simple eliminación de este ocultamiento ha actuado como un estímulo erótico de gran magnitud.

Es interesante que los fotógrafos profesionales que trabajan para revistas especializadas en fotos eróticas consideren que sólo hay una clase de chica con los super pechos que buscan. Su edad es algo más joven de lo que se podría esperar, a saber, los últimos años de la adolescencia, y sus pechos han crecido hasta el tamaño adulto un poco antes que la media; exhiben la redondez perfecta requerida, pero todavía conservan la firmeza de la extrema juventud. Esta combinación particular ha proporcionado la clase de imágenes con las que se han hecho las páginas centrales y las fortunas de las revistas para hombres. Sólo hay un momento en la vida de la mujer en el que sus pechos sobresalen al máximo con la mínima caída que es cuando el fotógrafo debe disparar el obturador de su cámara si quiere mostrar las imágenes más eróticas.

Una vez que las señales visuales del pecho femenino —y sus otros encantos físicos y mentales— han atraído a un compañero masculino y el contacto sexual ha comenzado, las cualidades táctiles de

los pechos entran en juego. En las secuencias precopulatorias hay a menudo una gran cantidad de caricias manuales y orales de los pechos por parte del varón. Esto lo excita a él más que a la mujer y es posible que aquí funcione un estímulo adicional particular. Probablemente las manchas marrones (areola) de la piel alrededor de los pezones contienen glándulas que secretan una sustancia grasa durante la lactancia. Se dice que es un lubricante balsámico para la agotada piel de la región de los pezones y no hay razón para dudarlo. El hecho de que las glándulas de la región areolar sean, en su origen, glándulas apócrinas sugiere que durante la actividad sexual la zona del pezón de la mujer puede realmente transmitir señales de olor a la nariz del hombre. Cuando comienza la excitación sexual, el torso femenino experimenta diversos cambios notables. Los pezones se ponen erectos y aumentan de tamaño en más de un centímetro. Los pechos mismos se hinchan con sangre, aumentando su tamaño total en más de 25%. Esta turgencia tiene el efecto de hacer toda su superficie más sensible y receptiva al abrazo cuerpo a cuerpo de la pareja.

Uno de los hechos que todos damos por sentado es que las mujeres sólo tienen dos pechos, pero esto no siempre es así. Una de cada 200-300 mujeres tiene más de dos. A esta condición se le llama polimastia. No hay nada siniestro en esto y los pechos de más, generalmente no son funcionales. A veces son poco más que pezones adicionales, a veces son pequeños pechos incipientes sin pezones. Muy rara vez se encuentra una mujer que tenga más de dos pechos funcionales. El caso más extraordinario corresponde a una mujer francesa presentada a la Academia Francesa de Medicina en el año de 1886 por su profesor erudito. No tenía menos de cinco pares de pechos completamente llenos de leche. Unos pocos meses después, en una de las controversias médicas más extrañas de todos los tiempos, un académico rival pudo presentar a

una mujer polaca que también tenía diez pechos funcionales.

Estos pechos extras son reminiscencias de nuestro muy antiguo linaje; como la mayoría de las especies mamíferas, nuestras remotas antepasadas tenían varios pares con las que podían alimentar una camada completa de crías. Cuando el tamaño de nuestra camada desciende a uno, o eventualmente a dos, el número de pezones disminuye en paralelo.

Diversas mujeres famosas han poseído más de dos pechos. Julia, la madre del emperador romano Alejandro Severo, tuvo muchos pechos y como resultado de ello se le dio el nombre de Julia Mamaea. Más sorprendentemente, un examen más detallado revela que la famosa estatua de la Venus de Milo, en el Louvre, muestra tres pechos. Esto habitualmente pasa inadvertido porque el tercer pecho no tiene pezón y es poco más que un pecho incipiente. Está situado por encima del pecho derecho, cerca de la axila. También se decía que la desgraciada esposa de Enrique VIII, Ana Bolena, tenía un tercer pecho, afirmación fielmente reflejada en los libros sobre anomalías médicas. Sin embargo, en este caso, el supuesto tercer pecho bien puede haber sido simplemente una calumnia. En un tiempo se creía que las brujas tenían pezones extras con los que daban de mamar a sus familiares, y a las mujeres a las que se consideraba culpables de brujería se les buscaban signos reveladores de sus modos malignos. Los piadosos cristianos cazadores de brujas investigaban diligentemente las hendiduras más íntimas de una supuesta bruja en busca de un pezón oculto. Una verruga o un gran lunar y a veces incluso un clítoris ligeramente dilatado era suficiente para que la desdichada propietaria fuera quemada en la hoguera. Los rumores sobre el tercer pecho de Ana Bolena podían haber sido propagados deliberadamente a su muerte para insinuar que era malvada y merecía morir.

El personaje más famoso de la historia, con muchos pechos es Diana —o Artemisa— de Éfeso; su amplio seno esculpido muestra varias filas de pechos apiñados. Algunas versiones de la estatua exhiben más de veinte, pero ¿son realmente pechos? Una mirada más detallada revela que ninguno de ellos tiene pezón o mancha areolar. Todos son “pechos ciegos”. Recientemente, el culto a esta antigua diosa madre ha sido examinado con más atención y ha surgido una interpretación completamente nueva. Para empezar, el torso de Diana es un lugar menos agradable de lo que se había supuesto. Parece ser que el sumo sacerdote de la diosa tenía que ser un eunuco; para servirla tenía que castrarse y enterrar sus testículos junto al altar. Se han encontrado inscripciones que revelan que, después de un tiempo, los sacerdotes fueron sustituidos por toros en las ceremonias de castración. Sus enormes testículos eran entonces extraídos y preservados en aceites perfumados y luego colgados ceremoniosamente sobre el torso de la estatua sagrada. La estatua original estaba hecha de madera, pero las copias se hicieron de piedra, con el montón de testículos de los toros sacrificados exhibidos en su sitio. Fue un estudio de copias de piedra erróneas el que dio origen al antiguo error de que la Gran Madre tenía muchos pechos. La razón para cubrir el torso de la diosa con los testículos era que se creía que los millones de espermatozoides contenidos en ellos la fertilizarían. De este modo se conseguía que fuera madre manteniéndose virgen. Un tema que iba a reaparecer en relación con el nacimiento de Cristo.

Un mito sobre el pecho de una clase completamente distinta es el relacionado con la antigua nación de mujeres guerreras conocidas como Amazonas. Es poco probable que hayan existido alguna vez, pero según escritores antiguos, eran una temible comunidad exclusivamente compuesta por mujeres que atacaban siempre a los pueblos vecinos con sus arcos y flechas. Se decía



que para que pudieran disparar éstas con mayor eficacia, quemaban el pecho derecho de todas las chicas en la pubertad. Otros decían que ellas mismas se cortaban el pecho que molestaba. Desgraciadamente, para estas teorías todas las obras de arte antiguo que muestran a estas fieras mujeres las representan con dos firmes pechos. Si existieron las Amazonas es más probable que vistieran una túnica de cuero asimétrica que les aplastaría el pecho derecho durante la batalla. El nombre de Amazona significa, literalmente, “sin pecho” (a-mazos).

Curiosamente, en épocas recientes las mujeres occidentales han comenzado a mutilar sus pechos con intenciones eróticas y estéticas. Algunos sociólogos han declarado que la nueva moda de “perforación corporal de pezones, ombligo, labios vaginales, etc.,” y la inserción de cadenas, joyas, etc., podrían fácilmente acelerar una legislación sensata para desterrar la costumbre de la circuncisión femenina en algunos países. La moderna perforación de pezones forma parte esencial del síndrome de esclavitud procedente del mundo de las prácticas sexuales exóticas. En las sociedades tribales, la mutilación del pecho es muy rara, por la razón obvia de que interfiere en la lactancia, un inconveniente grave en lugares en los que el biberón no es una alternativa posible.

Menos dañina era la decoración erótica de los pezones, ya vigente en la Antigüedad. Hace tres mil años, en el antiguo Egipto, las mujeres de las clases altas disfrutaban cubriendo profusamente sus pezones con pintura dorada. En la antigua Roma hace dos mil años la preferencia era pintarse los pezones de rojo, para dar sabor a los encuentros eróticos. La emperatriz Mesalina, la esposa ninfomaniaca del resignado Claudio, era famosa por sus pezones pintados de rojo.

Entre las acciones deliberadas para transmitir señales sexuales relacionadas con el pecho hay

varias formas; por ejemplo, cubrirse el pecho con las manos entreabiertas, hacer sobresalir el torso, y efectuar movimientos de baile que sacudan o subrayen la forma de los pechos. Todo estos son gestos que atraen la atención hacia los “hemisferios sexuales de la mujer”. La más exagerada era la famosa danza de borlas de los espectáculos burlescos antiguos en la que las bailarinas giraban ambos pechos en la misma dirección y luego en direcciones contrarias, con las borlas siguiendo los mismos movimientos de estos.

La forma más sencilla de exhibición sexual del pecho es, por supuesto, su exposición completa en un contexto en el que se espera que esté cubierto. Esto es así en las sociedades urbanas de todo el mundo. Ir en “*topless*” es una acción arriesgada que atrae siempre mucha atención del hombre. Algunas veces, con hombres en cuestión, llevaban uniforme de policía, como sucedió en las playas del sur de Francia en la década de 1960, cuando las jóvenes decidieron que era el momento de atreverse con los trajes de baño *topless* llamados monobikinis, o monokinis, para conseguir un bronceado más extenso. Durante un tiempo hubo indecorosas peleas con policías abochornados deteniendo a mujeres casi desnudas, pero no pasó mucho tiempo antes de que las autoridades perdieran la batalla y el baño en *topless* se fuera convirtiendo gradualmente en una práctica común.

Este primer traje de baño *topless* fue introducido por el controvertido diseñador austriaco Rudi Gernreich, en 1964. En Estados Unidos, uno de estos trajes de baño fue adquirido por una bailarina de sala de fiestas y utilizado en su número, en la que fue la primera actuación en *topless*. Enseguida otras salas siguieron el ejemplo, pero al año siguiente la oposición religiosa se hizo más fuerte y la policía llevó a cabo redadas en las salas y arrestó a las bailarinas de *topless*, alegando “conducta obscena”. Estas fueron absueltas y volvieron inmediatamente al trabajo.

En 1966 algunos restaurantes de Nueva York introdujeron la modalidad de camareras en *topless*, pero a los pocos días el alcalde de la ciudad las prohibió. En 1969, Ronald Reagan tomó una decisión similar en California. Durante el decenio 1970 fue decreciendo la resistencia a las actuaciones *topless*. Y aún entonces se fijaron límites y se dictaron normas de dónde, cuándo y cómo podían tener lugar. Curiosamente, algo tan natural y no sexual como el acto de amamantar creaba a veces un escándalo en ambientes urbanos, cuando tenía lugar en un sitio público. En 1975, tres mujeres estadounidenses fueron arrestadas por amamantar a sus bebés en un parque de Miami. Su delito fue calificado como “exposición indecente”. En los años siguientes aumentaron las objeciones a tales arrestos y actualmente amamantar en público está legalmente permitido en la mayor parte de América del Norte.

En la década de 1980 se observó un nuevo enfoque del *topless* femenino en público. Grupos de jóvenes pidiendo igualdad sexual completa exhibían deliberadamente sus pechos en lugares públicos, insistiendo en ser tratadas exactamente igual que los jóvenes, a los que se les permitía quitarse la camisa sin ningún reparo. (En un sentido similar hubo jóvenes que se negaron a llevar saco y corbata en restaurantes caros porque las mujeres no lo hacían). Esta forma radical de igualdad sexual no era exactamente la que los reformadores sociales tenían en mente cuando intentaban señalar los abusos de género.

Cuando el siglo XX se acercaba a su fin, los desnudos se exhibían cada vez más en periódicos y revistas, en el cine y finalmente en la televisión. En las salas de bailarinas en *topless* se agitaban literalmente ante las narices de los clientes varones. No cabe duda de que su manifiesto impacto visual sigue aún funcionando, pero se ha perdido algo de su misterio seductor.

Antes de abandonar el tema de la exhibición de los pechos femeninos, hay un hecho extraordinario que requiere una breve mención. Solamente existe una ley aprobada que insistía en que se “debían” mostrar los pechos desnudos en público –todo lo contrario de todas las demás normas legales adoptadas en éste terreno–. Esta ley fue aprobada en Venecia, en el siglo XV, y se aplicaba a las prostitutas que se sentaban a la ventana intentando atraer a los clientes. Las prácticas homosexuales eran tan populares en la época, que algunas mujeres se travestían para atraer a los jóvenes que buscaban compañía masculina. Esto ofendía tanto a las autoridades que estaban tratando de eliminar la sodomía (que podía ser castigada con la muerte), que introdujeron la norma que decía que, cuando estaban trabajando, las prostitutas femeninas debían siempre exhibir por completo sus pechos desnudos para demostrar su sexo. En la calle había un puente en el que se ponían y donde exhibían sus cuerpos desnudos de cintura para arriba. El puente se hizo famoso y por eso se le llamó Ponte de Ile Tette, el puente de las tetas.

Finalmente, está la inevitable cuestión de cómo pueden mejorar las mujeres sus pechos para hacer que transmitan señales más jóvenes y más sexuales. Durante siglos se ha utilizado el “encorsetado” estricto y para empujar hacia adentro y hacia arriba los pechos, pero aunque estas prendas mejoraban la forma del pecho de la mujer, restringían también sus movimientos. Cuando las jóvenes empezaron a exigir un papel físicamente más activo en la sociedad hubo una necesidad urgente de ropas que lo permitieran. Uno de los primeros pasos en esta dirección se dio a comienzos del siglo XX, cuando el asfixiante corsé fue dividido en una porción superior y una inferior. Posteriormente, en ese siglo desapareció también la faja; pero el sujetador estaba allí para quedarse. En el año 1935 llegó a conocerse, simplemente, como “el bra”. Hecho que permanece hasta hoy con



variantes diversas, como la forma preferida de ropa interior femenina.

Los “soportes de pechos” habían aparecido ya en Francia a finales del siglo XIX y se les había dado el nombre de *brassiere* ya en 1907. El modisto francés Paul Poiret insistía en que el honor de haber introducido el sujetador era realmente suyo, declarando que “en nombre de la libertad proclamé el abandono del corsé y la adopción del sujetador”... liberé el busto, y no fue el único. La modista inglesa Lucile (Lady Duff-Gordon), que introdujo el término “chic” en el mundo de la moda, contraatacó diciendo que había sido ella quien, en el año 1911, introdujo el “sujetador” en oposición al espantoso corsé.

La simple verdad es que todos hicieron su contribución a una tendencia general, a comienzos del siglo XX, que contempló la liberación gradual del cuerpo femenino de sus pasadas restricciones y consiguieron apoyo de una fuente inesperada.

El moderno sujetador tenía dos funciones, completamente distintas: una, proteger los pechos grandes, evitando que rebotaran de manera inoportuna durante los movimientos del cuerpo rápidos, y en segundo lugar hacerlos parecer firmes y redondos, y por lo tanto más sensuales. Cuando a finales del decenio de 1960 grupos feministas quemaban sus sujetadores, su objetivo era oponerse a la segunda de estas funciones. La idea dominante en esta época, cuando las feministas luchaban enérgicamente para garantizar que las mujeres fueran tratadas como iguales, era que los hombres debían aceptar los cuerpos femeninos como eran, sin ningún embellecimiento, y puesto que los sujetadores que levantaban el pecho eran parte de este embellecimiento, tenían que desaparecer (*sic*). Sin embargo, esta fase no duró mucho tiempo debido a que la incomodidad de no llevar sujetador era excesiva para la mayoría de las mujeres, y

la quema de los sujetadores fue olvidada rápidamente.

En su papel erótico, el sujetador ha estado casi siempre destinado a crear una forma más o menos hemisférica, pero hubo un curioso periodo durante la década de 1950 en que los diseñadores lo utilizaron para crear no un pecho redondeado sino uno puntiagudo. Esto se conseguía introduciendo “sujetadores en forma de torpedo reforzados y fabricados para marcar las puntas, desafiando por completo la naturaleza y la gravedad”. Este efecto se incrementaba con el añadido de almohadillas llamadas “rellenos”. El resultado general era un torso salido, casi agresivo, que enseguida daría paso a la redondez más suave de los pechos de la década de 1960 y nunca reaparecería en el uso diario corriente. Sólo lo volvimos a ver cuando disfrutaron de una breve y cónica resurrección en una actuación, en 1994, de la cantante Madonna, en cuyo traje los pechos puntiagudos reaparecieron con toda la recatada feminidad de un par de misiles.

Los corsés apretados y los modernos sujetadores pueden ayudar a acentuar los pechos, pero una vez que se quitan las ropas, se termina el juego y se necesita algo más drástico. Ahí entra en escena el cirujano plástico. La introducción de los implantes para hacer que los pechos desnudos se vean firmes y redondos comenzó a despegar en la década de 1960. El primer implante de gel de silicona lo realizaron unos cirujanos plásticos, en Texas, en 1963. La operación se fue generalizando durante las décadas de 1970 y 1980 y antes de la de 1990 este procedimiento alcanzó un gran auge, con más de 100,000 mujeres al año sucumbiendo al bisturí por un perfil de busto más prominente. Se calculó, entonces, que antes del año 2002 más de un millón de mujeres estadounidenses se habían realzado los pechos mediante cirugía. Esta es una cifra asombrosa para cualquier clase

de cirugía estética y revela la necesidad, profundamente arraigada de muchas mujeres, de lanzar su señal femenina primitiva. Obviamente, esto ha sucedido también en nuestro país.

Por desgracia, los pechos “ayudados quirúrgicamente” no parecen nunca (o se sienten) del todo convincentes. En cierto modo son demasiado perfectos y no se mueven tan libre o suavemente como deberían hacerlo, cuando sus propietarias cambian de una posición a otra. A consecuencia de esto, el siglo XXI ha contemplado el comienzo de una inversión de esta tendencia. Esto ha alarmado a algunos cirujanos plásticos que se han hecho ricos como creadores de superbustos, pues parece ser un movimiento de gran magnitud, de retorno a los pechos naturales, aunque estos sean más pequeños que la media.

Por último, estamos convencidos que los cambios evolutivos muy especializados en la anatomía femenina, particularmente en los rasgos sexuales y reproductivos, han contribuido a hacer del cuerpo de la mujer un organismo tan evolucionado y maravillosamente perfeccionado

BIBLIOGRAFÍA

1. Yalom M. A history of the breast. New York: Alfred A Knopf, 1997. Versión en español: Antoni Puigrós: Historia del pecho. Barcelona: Tusquets editores, 1997.
2. Wilson R. Book of the Breast. Chicago: Play boy press, 1974.
3. Spiegel M, Lithe S. The breast book: an intimate and curious history. New York: Workman, 2002.
4. Levy M. The moons of paradise: Reflections on the breast in art. London: Arthur Barker, 1962.
5. Latteir C. Breasts: The women perspective on an American obsession. New York: Haworth press, 1998.